

PARA CUANDO ME JUBILE

En tercero de BUP, el profesor de Literatura nos enseñó a identificar metáforas cinematográficas que ayudan a reconocer el paso del tiempo en una película. Por ejemplo, la imagen de un cenicero lleno de colillas al inicio de una secuencia, inmediatamente después de otra en la que alguien enciende un cigarro. Fue uno de esos profesores de los que no te olvidas nunca, por muchos cigarros que enciendas en tu vida. Su relación con los alumnos, de adulto a adulto, fue también una fuente de aprendizaje. En los exámenes escritos solía salirse al pasillo sin preocuparse de vigilar si copiábamos, lo que en cierta ocasión dio pie a que un compañero que había aprobado utilizando los apuntes a escondidas, le pidiera públicamente disculpas y presentarse a la recuperación. Dedicaba en sus clases mucho tiempo a leernos y a que leyéramos los libros que traía de su casa, lo que me permitió descubrir textos que han permanecido hasta hoy asociados a mi adolescencia y a su persona.

Yo ordeno mis libros por géneros o temáticas y, luego, por su tamaño, y cuando los repaso detenidamente, muchos de ellos me evocan personas, lugares y momentos. Por ello, si me decidiera a ordenarlos cronológicamente en función del momento en que los adquirí, serían el calendario que representara la línea del tiempo de mi vida, y muchos de ellos estarían asociados a mis vivencias en *La Huertecica: Qué bueno que viniste; El arte de amar; La parábola del cuerpo; Tus zonas erróneas; Cachorros de nadie; Educar desde el conflicto; ¿Hay que colgarlos?; El darse cuenta; El caballero de la armadura oxidada; La locura lo cura; XX aniversario de La Huertecica; Revista de terapia Gestalt: la muerte.*

Hace unas semanas, revisando mi biblioteca, viví en primera persona una de esas metáforas temporales de las que hablaba mi profesor. Fue cuando decidí desprenderme de los libros a los que a estas alturas de mi vida ya sé que no me dará tiempo leer. Algunos de ellos me habían acompañado a lo ancho de muy diversas estanterías y a lo largo de cuatro sabrosas décadas, sobreviviendo conmigo a varios traslados de domicilio. Repasando sus títulos ya me había dicho otras veces: “para cuando me jubile”. Pero esta vez preferí despedirme de ellos.

Despedirse y jubilarse son cosas distintas. En la cultura del Colectivo La Huertecica la despedida tiene un valor simbólico importante. Las altas terapéuticas de quienes completan el tratamiento en nuestros centros van siempre acompañadas de una despedida festiva en la que, con una gran carga emotiva, se celebra el final de sus procesos. Al principio, cuando en la Comunidad Terapéutica se completaban los procesos por grupos, se llegaron a organizar con este motivo salidas de varios días a alguna localidad de interés a modo de viaje de estudios. Esta actividad la realizaban quienes acababan el proceso de rehabilitación, acompañados por alguna persona del equipo de tratamiento y del voluntariado.

En sus treinta y ocho años de vida, muchas hemos sido las personas que hemos pedido el despido en La Huertecica deshaciendo nuestro vínculo laboral para abrirnos paso en

otras organizaciones, proyectos o campos profesionales. A la gran mayoría, el paso por la entidad nos resultó enriquecedor, tanto en lo afectivo como en lo laboral. El trabajo en red ha permitido mantener con muchas de ellas el vínculo, a veces muy estrecho, a través de la coordinación o la colaboración con las entidades en las que trabajan ahora, y algunas, gracias al carácter asociativo que subyace a toda la actividad del Colectivo, hemos podido mantener el compromiso con él como voluntarias o colaboradoras, implicándonos, incluso, en su organización y actuaciones.

Despedirse podría equipararse a tomarse el alta voluntaria. La jubilación, en cambio, se asemeja más al alta terapéutica: ambas suponen llegar a una meta completando una trayectoria más o menos prevista y es, quizá, este matiz de completud el que hace que una y otra sean hechos celebrables y que quienes las alcanzan merezcan reconocimiento, cosa que no siempre ocurre cuando alguien decide despedirse. A la vez, jubilarse y acabar el tratamiento son consecuencia del devenir de la vida que, llegado ese momento, aboca a un cambio que, deseado o no, temido o no, siempre es involuntario. Un cambio que, a pesar de sus bondades, puede conectar tanto a quienes se van como a quienes permanecen con la sensación de pérdida y, en ocasiones, con la dificultad para asumir y gestionar la separación¹.

Hasta hoy, seis han sido las personas que han completado su vida laboral vinculadas profesionalmente a La Huertecica:

Tío José, agricultor, se ocupaba de las tierras en las que actualmente se ubica el Centro de Día cuando en el año 1986 la Asociación empezó a utilizar la finca “La Huertecica”, de la que acabó tomando su nombre, y fue contratado como monitor de agricultura, función que desempeñó hasta el final de su vida laboral.

Esperanza Vildarraz, dedicada toda su vida a la defensa y acompañamiento de la población más desfavorecida y marginal, colaboró como voluntaria y, posteriormente, trabajó en La Huertecica, donde hasta su jubilación desempeñó la función de educadora en el Centro de Emergencia Social (CEA) de Cartagena.

Alfonsi Huete, de forma voluntaria, dedicó durante años su tiempo a concienciar y cuidar a través del Movimiento “Junior” a la población infantil de diversos barrios de Cartagena, labor que llegó a compatibilizar con funciones de educadora y psicoterapeuta en La Huertecica, donde se jubiló siendo Gerente.

Toñi Fructuoso, trabajó como empleada en el servicio doméstico, a través del cual entró en las vidas de algunas personas vinculadas a La Huertecica, lo que propició su contratación como limpiadora, ejerciendo esta función en diferentes dependencias de la Asociación hasta el momento de su jubilación.

¹ En referencia a los primeros años de funcionamiento del Programa Terapéutico: *Los vínculos afectivos eran fuertes, con la consiguiente creación de dependencias y dificultades en la separación. La gente tenía miedo y no quería que terminase su proceso. /... / Este fue el mayor hándicap de esa etapa, se fomentaba indirectamente la dependencia afectiva y la idealización del equipo y del Colectivo.* María Huete Martínez, en “XX Aniversario de La Huertecica. Biografía de un proyecto con historia”.

Manuel García Ferré simultaneó la política, desde donde defendió la necesidad de la Sanidad Pública, con su actividad profesional como médico que también desempeñó en La Huertecica, supervisando hasta su jubilación los tratamientos farmacológicos y el resto de las cuestiones relacionadas con la salud de las personas atendidas en los diferentes recursos.

Manuel Abellán, que dinamizó en los años 80 la Parroquia de “Nuestra Señora de la Esperanza” de Cartagena y fue el coordinador del primer Programa de Rehabilitación y Reinserción Sociolaboral de La Huertecica, se jubiló el 8 de febrero de 2021. Las restricciones por la pandemia del COVID-19 obligaron a posponer su despedida, a fin de que resultara a corde con la importancia de su trayectoria dentro del Colectivo y el valor que representa para las personas que lo integran. El 25 de septiembre, entre lágrimas emocionadas, bromas, regalos y comida, recibió el homenaje y el afecto que muchos deseaban ofrecerle. Las intervenciones de las personas asistentes, que le recordaron y agradecieron las vivencias compartidas con él, sirvieron también para hacer un recorrido por la historia de la Asociación. No en vano, Manuel inició este proyecto colectivo del que fue su cabeza visible y el interlocutor a nivel político y social, asumiendo desde entonces múltiples funciones, especialmente desde la gestión y coordinación, siendo, a la vez, un referente por su sensibilidad en el acompañamiento de personas excluidas.

Tras su jubilación llegarán por goteo en los próximos años las del resto de personas que formaron parte del núcleo fundador de la Asociación y de la primera generación de profesionales. Todas ellas conservan la motivación original que dio lugar a un proyecto vivo, dinámico y en continuo crecimiento que, en constante revisión, ha conseguido adaptarse a las exigencias de cada momento y evolucionar sin perder su esencia. Un proyecto que pronto cumplirá cuarenta años y que empieza a enfrentar el reto de un futuro sin la presencia en los órganos de gestión de algunas figuras clave en la historia de la organización y que, de alguna manera, encarnan sus señas de identidad.

Salvador Giménez-Balaguer Garcerán

21 de noviembre de 2021